

**ROBERTO
SALAS**
LA MIRADA
INFINITA

THE INFINITE GLANCE

AURELIA
ediciones


GUERRILLER



Roberto y Mai, 1966. Serie *Viet-Nam*, 1966-73

Rafael Acosta de Arriba

Comenzar una carrera como fotorreportero o hacedor de imágenes sobre la realidad tomando una fotografía que se convertiría con el tiempo en paradigma de las imágenes de la historia de un país (desde luego, sin tener conciencia de que ello fuera a ocurrir), es, visto a la distancia del tiempo, como un inicio más que prometedor para cualquiera que se desarrolle en estos menesteres. Me refiero a la foto “La señora y la bandera”¹, realizada por Roberto Salas en 1957, cuando apenas contaba con dieciséis años de edad y era un mero aprendiz.

En esta imagen se aprecia una bandera del Movimiento 26 de Julio en la testa de la famosa Estatua de La Libertad, en Nueva York, publicada al día siguiente como un suceso en cuatro de los siete periódicos de la Gran Manzana. Salas alega, sin dudas desde la modestia, que aquel hecho tuvo esa repercusión mediática porque no hubo otros de importancia que coincidieran ese día, pero tiendo a pensar que fue un suceso debido a su indudable peso específico, se trató obviamente de una insólita acción promocional para el reconocimiento de la lucha de los revolucionarios contra la tiranía de Batista. Ahí está la imagen que perdura en el tiempo. Fue como poner la pica en Flandes.

Es que la vida de Roberto Salas ha estado indisolublemente asociada a la historia más reciente de la fotografía cubana (digamos que de los años previos al triunfo del primero de enero de 1959 hasta la fecha), seis décadas en las que ha gestado imágenes de todo tipo y tema: históricas, sociológicas, etnológicas, eróticas, publicitarias y ciudadinas. Hablo de uno de los más versátiles artistas de la fotografía cubana, que se renueva una y otra vez, se desplaza de un tema a otro, de una técnica a otra y muta de una intencionalidad artística a otra más novedosa o por descubrir.

Roberto Salas nació en Nueva York en 1940. Sus padres habían viajado a Estados Unidos en busca de una prosperidad económica que no encontraban en la Cuba de los años veinte. La familia se estableció y creció en la Gran Manzana en un hogar plagado de carencias y penurias. Sus inicios en la fotografía fueron de la mano de su padre Osvaldo Salas, otro de los grandes de la fotografía insular del pasado siglo, un aprendizaje acelerado junto al progenitor, quien no deseaba que el hijo se dedicara al oficio (prefería para él la vía de los estudios y una carrera universitaria), pero que las urgencias de la dura vida lo encausaron por el cuarto oscuro, los químicos y el revelado e impresión de imágenes.

En enero de 1959 padre e hijo se trasladan a La Habana y se lanzan de lleno al turbión popular y al frenesí por el triunfo de las armas rebeldes contra el tirano Fulgencio Batista. Roberto viaja primero, el 2 de enero, en uno de los aviones que llevaron a personeros y esbirros de la tiranía a Miami en sus desesperadas escapadas de la natural furia de los cubanos después de tantos años de represión, asesinatos y torturas. Salas recuerda que el avión venía cargado de armas para la revolución. Del aeropuerto, el joven fotógrafo se trasladó directamente hasta el Palacio Presidencial y se instaló en el cuarto oscuro del fotógrafo de Batista. Desde allí pudo

1. Según el propio Roberto Salas me refirió en una entrevista para este libro (junio de 2016), la bandera del 26 de Julio fue colocada por un grupo de siete personas, de las cuales tres o cuatro (no recuerda ahora con exactitud) fueron los que treparon hasta la cima de la estatua y la amarraron. Salas, que formó parte del operativo, tiró la foto y rápidamente cambió el rollo de la cámara por si la policía los interceptaba en la retirada. Con esta imagen se hizo historia.

captar imágenes extraordinarias y reveladoras de aquellos irrepetibles instantes, también de los movimientos de los principales jefes revolucionarios. Una de ellas, “Enero”, la foto en la que Fidel y el Che Guevara conversan íntimamente, es un buen ejemplo del *momento decisivo* cartier-bresoniano, pues el fósforo que utilizó Fidel para prender su tabaco fue la oportunidad que utilizó Salas para penetrar la penumbra que rodea la escena y captar la imagen.

De un suceso en otro, situado en el epicentro de los vertiginosos hechos del día a día, azarosamente, incansable y con una mirada escudriñadora e inteligente, Roberto Salas fue gestando una iconografía que lo situó, por derecho y talento propios, dentro del grupo de fotorreporteros que creó la denominada *fotografía de la épica*, el conjunto de imágenes creado por un grupo selecto de fotorreporteros de los primeros años de la Revolución Cubana.

El periódico *Revolución* fue para él la nueva estación y la verdadera escuela sobre el oficio, la imagen y la cultura comunicacional en sentido general. Fue, también, el espacio cultural por excelencia donde los fotógrafos de la épica evolucionaron y maduraron aceleradamente. En ello fue determinante el papel del director del diario, Carlos Franqui, quien promovió discusiones e ideas sobre el formato visual, la estética más conveniente para el momento y la intencionalidad política del periódico. Primó en el rotativo la voluntad de que las imágenes tuvieran su hegemonía sobre los textos, desde la perspectiva de que la imagen fuera “leída” por personas de las que no se sabía a ciencia cierta su curiosidad o dedicación por la lectura y, en cambio, sí serían atrapados por la fuerza expresiva de la fotografía.

Aquellas *tormentas de ideas* contribuyeron considerablemente a la inspiración del grupo de fotorreporteros que capturaron las escenas y los hitos de la joven revolución y los rostros barbudos de sus jóvenes líderes. Se humanizó así el concepto de fotografía oficial o de Estado al ritmo de un proceso político en el que cada día sucedían tal cantidad de eventos que era imposible registrarlos en su totalidad. El caos de ideas y sucesos estimuló a los fotógrafos reunidos en el periódico *Revolución*, propiciando una atmósfera creativa que benefició a todos y a la calidad de la propia imagen. Osvaldo y Roberto Salas, Raúl Corrales, Alberto Díaz (*Korda*), Liborio Noval y Ernesto Fernández fueron los protagonistas de aquella empresa renovadora de la imagen social cubana. De esta etapa de la fotografía de nuestro autor se publicaron dos valiosos ejemplares con excelentes imágenes².

En 1963 Roberto Salas realizó su primera exposición personal en Galería Habana, “Tumba–Bembé–Batá”, con impactantes imágenes de la religión yoruba y del folclor cultural de raíz afrocubana, una verdadera osadía en un momento en que eran censurados credos religiosos de todo tipo (ya desde dos años antes se había prohibido la salida del Cabildo de Regla, también fotografiado por Salas, aunque exhibido décadas más tarde). La exposición recibió elogiosas críticas por importantes intelectuales y artistas como Roberto Fernández Retamar, Sandú Darié, Argeliers León (quien escribió para el catálogo) y Mariano Rodríguez. En esta muestra se puso en evidencia por primera vez la mirada etnológica de Salas, su curiosidad

2. *Ernesto Che Guevara. Fotografías 1960–1964*. Osvaldo y Roberto Salas. Editorial Arte y Literatura. Primera Edición: Oficina de Publicaciones Especiales. Instituto Cubano del Libro, 1997. Segunda Edición, 2011 (sólo 1000 ejemplares); y *Fidel's Cuba. A Revolution in pictures*, Osvaldo Salas y Roberto Salas Photographers. Beyond Words Publishing, Inc. 1998. Edición Aufbau-Verlag GmbH, Berlin, Alemania, 1999

por penetrar desde su interior estos estratos de la cultura y la sociedad; también se puso de manifiesto una comprensión temprana del mecanismo que anima un buen ensayo fotográfico. Cuando finalmente se pudo visionar en 2008 el ensayo fotográfico sobre la última salida del Cabildo de Regla, y un año antes, en 2007, la serie “Así son los cubanos”, esa mirada, observada a destiempo, confirmó la hondura de su ojo sociológico.

Después de haber acompañado a Fidel Castro como fotógrafo en innumerables viajes dentro y fuera del país, y con una extensa iconografía del líder (en las imágenes tomadas a Fidel se observa un desenfado y una relajación del modelo que otros fotógrafos no han podido igualar), Salas consideró que necesitaba de otros escenarios para saciar su indomable curiosidad. Celia Sánchez le ofreció la oportunidad cuando Roberto Salas le solicitó ir a Viet Nam en 1966. Esta nueva etapa de su vida profesional arrojó resultados notables, incluso, a juicio del propio fotógrafo, son las imágenes de la lucha del pueblo vietnamita contra los invasores norteamericanos en aquellos años, las mejores de toda su extensa obra como fotorreportero. Se puede o no coincidir con él, dada la extensión y calidad de su producción, pero lo cierto es que ese conjunto de fotografías contribuyen a entender mejor la estética de Roberto Salas y su ética artística. Una guerra proporciona imágenes terribles, pero cuando la capacidad discernidora de la mirada del artista logra encontrar ternura a la vez que dolor y odio, y belleza dentro del horror y la tragedia, estamos en presencia de la maestría en el oficio. Susan Sontag dijo, confirmando lo dicho, que había maestros que lograban extraer un registro sublime y una belleza desafiante de esa *terribilidad*³.

La saga de imágenes captada por Salas en Viet Nam representa la madurez y la consagración de un fotógrafo enorme, de un ojo que había llegado a la perfección de su entrenamiento. La foto de unos niños vietnamitas sonrientes, sentados sobre una loma de casquillos de obuses y balas, es la imagen misma de la inocencia y su relación con el furor del conflicto bélico, de una guerra destructora y salvaje como ninguna otra para un pequeño país como Viet Nam. En la historia de la humanidad no hubo nunca un enfrentamiento tan desigual entre dos naciones muy diferentes por su tamaño y poderío militar. Sin embargo, los rostros sonrientes de esos niños conjuran por un instante la tragedia, la neutralizan, la vencen y eso solo es posible gracias al talento y a la pericia de la mirada de Roberto Salas. En 1967 estas imágenes se expusieron por primera vez en Santiago de Cuba y fue un verdadero acontecimiento cultural. Hoy, vistas en un contexto diferente, la reacción no es otra que la de dejarse seducir por la destreza del artista y la de recordar que esa guerra genocida no fue historia de ficción, la cámara del artista la registró para que no la olvidemos. Una alta condecoración estatal vietnamita coronó el premio al esfuerzo de Salas por capturar las escenas de la guerra y el inmenso sacrificio de este pueblo.

En 1994 se produjo un punto de inflexión en su obra. Salas decidió producir un viraje radical en el tema de su trabajo: comenzó a hacer fotos de desnudos. Para muchos, este cambio resultó inexplicable, debido al contraste con su obra precedente; para otros, quizá menos, pero más conocedores, fue una transformación saludable. El artista se renovaba y “refrescaba” (literalmente) su mirada. A los cuerpos de las masas y los líderes le siguieron

3. SUSAN SONTAG, *Ante el dolor de los demás*, Santillana Ediciones Generales, España, 2003.

los espléndidos cuerpos femeninos y masculinos de sus coterráneos, una isla pródiga en cuerpos rotundos y esbeltos. Salas fue movido por pura curiosidad y necesidad expresiva, y por el riesgo inherente a la creación, ese *bichito* que pica a todos los creadores, un “vamos a ver qué pasa”, que lo atenazó entonces y reconoció luego en una entrevista.

Aquel cambio, seguido por otros en lo adelante, resultó muy saludable para el conjunto de su obra fotográfica y para la fotografía cubana finisecular en sentido general. “Yagrumas” y “Tabaco” dieron inicio a la nueva etapa creativa en la que el artista se sumergió en los misterios de la imagen posmoderna del cuerpo. El escritor Reynaldo González escribió sobre esta estación: “En las fotos que Roberto Salas pone ante mis ojos, veo cuerpos que se entrelazan con las nervaduras de las hojas, en una danza propiciatoria del milagro siempre renovado del goce, bañados del aroma del tabaco, contaminados de su atmósfera de intimidad, donde la desnudez y el movimiento parecen tan ingravidos como el humo (...) Esos cuerpos morenos como las hojas del travieso tabaco, se arquean, se buscan, me miran como invitándome, traducen una comprensión de la vida sin los incordios de las prevenciones”.⁴

Salas comprobó la aceptación y la satisfactoria reacción en general de público y crítica, lo que le insufló nuevos deseos de seguir profundizando en la imagen corporal. Aparecieron entonces diversas exposiciones que se conjugaron para establecer la nueva estética que dominó su trabajo en lo adelante. Cuando realizó su serie “Epigramas” en 2004, plasmada en el libro⁵ de igual nombre, el artista había llegado a un manejo de la imagen cuerpo en la fotografía cubana que obtuvo el reconocimiento general. El cuerpo se mezcló con la arquitectura de la ciudad, con la hoja del tabaco, con las peleas de gallos, con el mar, con la tierra; el cuerpo se volvió metáfora del universo en la obra de Roberto Salas⁶.

Pero no se detuvo ahí, con “Así son los cubanos” puso en práctica sus aprendizajes previos de índole sociológica. En esta original serie de la fotografía cubana (solo en parte Raúl Corrales y María Eugenia Haya habían realizado trabajos parecidos, pero no tan extensos), Salas examina con ojo etnológico a grupos de cubanos, parejas o individuos según su profesión y colocación social, color de la piel y género. Lo hace desde un *set* oscuro que resalta dichas características. En un trabajo declaradamente científico, a la vez que artístico, a partir de la pericia retratista del fotógrafo, resaltan el mestizaje y la complejidad cultural y étnica de los cubanos. Las imágenes reclaman un estudio desde la perspectiva de las ciencias sociales, aún pendiente por realizar, pero ellas solas nos ponen a pensar en la urdimbre que caracteriza nuestra identidad. La exposición tuvo un efecto inmediato y Salas siguió trabajando este perfil sociocultural del cubano durante un tiempo.

4. *Tabaco, el erotismo de un aroma*, fotos de Roberto Salas, Instituto Cubano del Libro –Grijalbo, con texto de Reynaldo González, La Habana, 1999.

5. *Epigramas, desnudos artísticos*, fotografías de Roberto Salas 1994–2004, con texto de Rafael Acosta de Arriba, Artecubano Ediciones, La Habana, 2004.

6. Por su notable desempeño en la imagen cuerpo la obra de Roberto Salas fue incluida en el volumen *La seducción de la mirada. Fotografía del cuerpo en Cuba (1840–2013)*, Ediciones Polimya, La Habana, 2014, del autor de este texto. Este libro es un compendio general sobre la fotografía temática del cuerpo.

La Habana fascinó siempre a Roberto Salas, y lo hizo desde su alto valor simbólico; es una ciudad que encanta a muchos, a pesar de su estado de desatención y decadencia urbanística, de penuria reflejada en las paredes llastadas por el tiempo, calles semiderruidas y fachadas despintadas, pero siempre notable en su poderoso sentido sígnico y en su misterioso embrujo como ente viviente. Esas cualidades sirvieron de incentivo para una nueva etapa de su obra, quizá no tan lograda (aun no la ha concluido) como las anteriores, con mayor presencia de los recursos técnico–digitales, pero no menos importante a la hora de juzgar su trabajo en sentido evolutivo. De esta etapa sobresale la muestra “Nostalgias”, de 2009, que mereció estas palabras de Eusebio Leal, Historiador de la Ciudad: “Una muestra en la cual el esplendor de La Habana, en estas fotografías, aun cubierta en algún momento y por espacios muy grandes por velos de decadencia, emerge con extraordinaria belleza como un espíritu de su propio cuerpo”. Se trata de La Habana de Roberto Salas, su Habana.

Al cierre de este libro, Salas está comenzando una nueva etapa que se inspira en las anteriores sobre el Cabildo de Regla y la primigenia *Tumba–Bembé–Batá*, ahora trabajando la figura y el concepto de los famosos Diablitos del folclor cubano. Habrá que esperar un tiempo y el inevitable y necesario cruce y decantación con los públicos y la crítica para ver que le depara esta nueva mutación temática. Sin embargo, lo llamativo de este hecho es que el artista, a sus setenta y seis años de edad, se mantiene innovando y buscando nuevos horizontes de la imagen.

Cuando se repasa la obra en general de Roberto Salas no puede uno dejar de reconocer su enorme valor patrimonial y el legado que constituye para la iconografía de la historia visual de Cuba en las últimas seis décadas. Se trata de una obra que ha recorrido al país y su historia, a sus hombres y mujeres, desde varias facetas de la visualidad, una visualidad moderna, vale decir. Una obra que, por demás, se une y funde con la personalidad artística internacional de su autor. El presente libro, por una elemental cuestión de extensión permisible, solo puede mostrar un fragmento de esa iconografía, y no hay más remedio que preferir algunas etapas creativas sobre otras, las más notables e importantes son las que más imágenes presentan en las páginas que siguen. Digamos que es solo una exhibición parcial de su voluminoso trabajo, de sus mutaciones temáticas y estilísticas, de su inagotable curiosidad artística.

Roberto Salas es uno de nuestros más relevantes fotógrafos, él está situado por derecho propio en el grupo de artistas más notables del siglo XX y lo que va del presente. Su trabajo infatigable ha aportado mucho a la fotografía cubana, desde una mirada plural e incisiva en la que tanto la imagen de valor historiográfico como la de valor sociológico o etnológico o la de valores artísticos *per se*, configuran un imaginario que será seguramente estudiado en los años futuros. Ya hay tesis de pre–grado en las universidades cubanas que se acercan a su obra y seguramente la crítica y la academia lo harán con mayor asiduidad en el futuro.

Salas pertenece a un selecto grupo de fotógrafos (más allá de aquel grupo extraordinario de la épica) que ha contribuido a que la fotografía cubana sea considerada como arte y cuya impronta cultural está aún por estudiar a fondo. He seguido con atención el desenvolvimiento de su obra por años y escrito varios textos sobre esta, y creo que las afirmaciones aquí expresadas están correspondidas por su destacado desempeño. Su mirada infinita, abarcadora, inteligente y dueña de una exquisita sensibilidad instruida, ha examinado su entorno con curiosidad y avidez, y el resultado de esa mirada es lo que se exhibe en el presente libro. /